

Santiago Riopérez y Milá



**Si preguntáis
por mí**

Autobiografía y memorias



Ramón Serrano Súñer

Esperando el fin

Ramón Serrano Suñer fue la primera persona *popular, célebre, famosa*, que yo conocí. Recuerdo el lugar, la fecha, las palabras que crucé con él, por raras asociaciones mnemotécnicas que he utilizado siempre, a lo largo de mi vida, para fija hechos, conceptos o relaciones.

Fue el 11 de septiembre de 1950. Ese día moría don Álvaro de Figueroa y Torres, Conde de Romanones. En la estación del pueblecillo serrano de Navalperal de Pinares yo tomé un tren, que venía de Ávila, con destino a Madrid. Regresaba de unas cortas vacaciones en casa de mis hermanos.

Al subir al vagón para acomodarme en mi asiento, descubrí la figura impecable de Serrano Súber, pues, pese a haber descendido ya del Poder, los diarios había popularizado su imagen. Era un personaje conocido entonces por todos los españoles. Destacaba su cabeza, sus cabellos blancos, su frente despejada su mirada inquisitiva y profunda, su porte artístico e inteligente. Llevaba un uniforme negro –tal vez de Falange- e iba custodiado por dos escoltas con metralla. Estaba de pie y deambulaba por los pasillos del tren que, en seguida, volvió a ponerse en marcha, con su trepidación y monotonía. Supe más tarde que ése día de su cumpleaños, pues había nacido en Cartagena el 11 de septiembre de 1901.

No lo dudé un instante. Me acerqué a él –ante el asombro de su escolta-, educadamente, con respeto –con una cierta timidez irrefrenable- y le dije que pensaba estudiar Derecho y que tenía una gran admiración a Azorín. Fueron las claves de mi primer encuentro con tan egregia figura, discutida, criticada, pero que gozaba, sin duda, de gran prestigio en la vida nacional por sus muchos saberes y su actividad política en el primer Gobierno del General Franco. Aquella coincidencia renovó en mí los deseos de aproximarme posteriormente más a su cálida presencia, aunque habrían de pasar años para la consagración de una buena, rendida amistad.

Los trabajos y los días de Serrano Súber cubren afanosamente todo el siglo XX. Cuando yo le visitaba con frecuencia, a partir del año 1990, su vida se extinguía después de haber sufrido solitariamente, en su casa de Madrid, el desencanto de la supervivencia. Indemnes su cerebro y su memoria sobre el castillo derruido de su cuerpo, yo he tenido el privilegio singular de compartir sus horas postreras, marcadas, como un punto de inflexión indefinible y radical, por la muerte de su adorada esposa Zita, acaecida el 21 de febrero de 1993. Desde esa fecha, Serrano Suñer no era ya el mismo: había perdido su asidero vital, su ilusión, su esperanza, la necesaria compañía que fortifica y robustece. Soñaba con pasar sus últimos días retirando en Suiza, en una casa junto al lago Lemán. No pudo ser.

Por aquellas fechas definitivas, Serrano Suñer me escribió una carta trágica, llena de melancolía y desesperanza, con una letra temblorosa e irregular: “He perdido muy dolorosamente a Zita, mi mujer, y estoy desamparado. Es la mía, previa a la muerte, una situación desesperada. Sea compañero usted por amistad y caridad: llámeme a mi teléfono que es el número 5, 31, 64,59; me haría usted mucho bien; llámeme por favor

tan pronto como pueda. Como consecuencia de la grave operación que me hicieron no puedo andar. En otra situación, iría en seguida a darle personalmente el gran abrazo que ahora le envío con muy sincero afecto”.

Desde mis años de estudiante en la Facultad de Derecho de Madrid yo acudía regularmente a la Sala Primera del Tribunal Supremo para escuchar atento y sobrecogido los magníficos informes orales de Serrano Suñer: mi ardiente vocación jurídica se colmaba con tanta sabiduría, precisión y elocuencia. Desde entonces arranca no ya una amistad extraordinaria sino una admiración constante hacia su figura. Pienso que existía otro hilo conductor en esta recíproca compenetración, más profundo, más entrañable, más solidario: Azorín. Al margen de sus ocupaciones y fervores más conocidos, Serrano Suñer era, por encima de todo, un hombre con una gran preocupación literaria, dotado de una vasta cultura, dueño y señor del instrumento de la palabra, oral y escrita, que manejaba minuciosamente con la categoría del orfebre.

Su padre había sido Ingeniero de Caminos, especialista en Puertos –los de Cartagena y Castellón son obra suya-, y en esta ciudad estudió el Bachillerato. Cursa en Madrid, en su Universidad Central, la carrera de Leyes, obteniendo en todas las asignaturas la máxima calificación de Matrícula de Honor. En la historia académica solamente existen tres casos iguales: los de don Niceto Alcalá-Zamora, don Nicolás Pérez Serrano y don José Calvo Sotelo.

Vivía entonces Serrano Suñer en la calle de Claudio Coello. Muy próximo a su domicilio de estudiante residía, en la calle de Serrano, José Antonio Primo de Rivera, a quien conoce en la Facultad, compañero de curso y con el que traba amistad indeleble y fervorosa.

Puede afirmarse que la larga vida de Serrano Suñer ha estado polarizada, de forma inquebrantable, en dos admiraciones permanentes: en el orden político, José Antonio; en el literario, Azorín.

A los veinticuatro años –en 1925- marcha a Zaragoza, donde ejerce como Abogado del Estado –oposición que obtiene con el número uno-, destacando por sus conocimientos en Derecho Civil y Administrativo. Salvo el paréntesis de su actividad política -1936-1942-, ha dedicado plenamente su vida al ejercicio libre de la Abogacía, en un período que abarca dos tercios de siglo.

Serrano Suñer había fijado su residencia en pleno Barrio de Salamanca, en la calles de Príncipe de Vergara. Allí, en un piso amplio, entre sus recuerdos y sus libros, durante estos últimos años, me recibía frecuentemente. Yo tenía mi despacho profesional muy próximo a su casa, en la calle de Juan Bravo, y, a veces, siendo las siete o las ocho de la tarde, recibía su llamada telefónica, rogándome que fuese a hacerle compañía. Estaba yo en plena consulta y oía su voz fina y entrecortada: -Estoy deprimido, muy triste. Cuando termine venga a verme. Hablaremos de nuestro Azorín...

El salón de su casa estaba presidido por un magnífico retrato de su esposa, obra de Zuloaga, donde aparece Zita Polo Martínez-Valdés con un vestido azul que deja al descubierto sus brazos. Tiene en su rostro, de gran belleza, un gesto de serenidad y melancolía.

En esa pieza de la casa igualmente destacaban un cuadro de Madrazo y un tapiz de Sert. En su despacho tenía dos tablas extraordinarias, los retratos de Felipe I, *el Hermoso* y de Luis I, primogénito de Felipe V.

La biblioteca cubría todas sus paredes, altísimas, llenos sus anaqueles de codiciados incunables, primeras ediciones y obras difíciles de encontrar de Historia, Arte, Literatura, Filosofía. Yo repasaba emocionado mi mirada sobre tantos libros leídos, usados, llenos de notas y apuntaciones.

En ocasiones, llegaba a casa de Serrano Suñer a las ocho de la noche. Frente a él, absorto y silencioso, le escuchaba desgranar sus evocaciones y memorias. Muchas veces, en los relojes de la antesala, habían sonado doce campanadas; en otras, hasta la una o las dos de la madrugada. El mayordomo había entrado para avisarle de la hora de la cena, pero nunca se atrevía a interrumpir a su señor.

-Don Ramón, estoy encantado de escucharle, pero tal vez ya sea algo tarde para usted... Son las dos de la madrugada.

-¡Que educado es usted! Haberme avisado... Le estoy molestando y entreteniéndome con mis historias.

Pero yo tenía un profundo respeto por este personaje de la Historia de España y me aprovechaba directamente de todas sus narraciones vivas, cálidas, próximas. Me hablaba de sus jornadas diarias, de sus esparcimientos, de sus paseos por el Retiro madrileño, de su vida política, literaria, doméstica. Del fondo de su memoria emergían de nuevo sus actuaciones como Ministro de Asuntos Exteriores, y los perfiles humanos de las figuras sobresalientes a las que había tratado: Franco, José Antonio, Hitler, Mussolini, Ciano, Ribbentrop, Marañón, Azorín...

Desempeñado su cargo de Abogado del Estado, en Zaragoza, conoce Serrano Suñer, en 1928, a Franco, Director de la Academia General Militar, y en 1931, por esta relación, contrae nupcias con la hermana de Carmen Polo, su inseparable Zita. Andando el tiempo este parentesco le hará soportar el sobrenombre de *el cuñadísimo*.

Nombrado Ministro del Interior en el Primer Gobierno de Franco -30 de enero de 1938-; de Gobernación en el Segundo Gobierno -1 de abril de 1939-; y, en fin, de Asuntos Exteriores en el Tercer y Cuarto Gobierno -16 de octubre de 1940 y 19 de mayo de 1941-, a partir de septiembre de 1942 desaparece de la escena política.

El nombre de Serrano Suñer se halla especialmente vinculado a la famosa entrevista de Hitler con Franco, en Hendaya, el 23 de octubre de 1940. Historiador de su época, Serrano Suñer omitió deliberadamente, en su libro *Entre Hendaya y Gibraltar* -1949-, los pormenores verídicos y auténticos de la misma, por razones de seguridad del Estado, ya que existía firmando un *protocolo secreto*. Posteriormente, en sus *Memorias*, publicadas en 1977, desvela exhaustivamente los entresijos del célebre encuentro de los dictadores, en el cual España logró su no participación en la Segunda Guerra Mundial. Protagonista esencial de este hecho decisivo para nuestra Historia fue, sin duda, el propio Serrano Suñer, aunque recientemente hayan aparecido interpretaciones contradictorias.

-Disuadí a Hitler de la participación de España, a base de presentar a nuestro país como a un pueblo hambriento, mal alimentado, y con el poco pan negro de que disponíamos. Le convencí y recuerdo que pronunció las palabras para mí milagrosas: “Entonces tendremos que esperar más tiempos”. La verdad es que carecíamos de materias primas, de armamento, y nuestra situación económica, tras la guerra que acabábamos de sufrir, era penosísima.

Fue inesperada y muy curiosa la pintura que me hacía Serrano Suñer de Franco, a quien consideraba de nula o baja categoría intelectual, pero hombre señalado favorablemente por el destino. A mí me extrañaba comprobar cómo, en estos últimos años, no se recataba de ofrecerme una visión durísima del General, sin velamiento alguno. En mis últimas conversaciones yo apuntaba los calificativos despectivos con que trazaba su fisonomía moral: le consideraba de poco talento –excepto en las lides militares–; tímido, cruel, impasible, aglutinador de un poder excesivo.

-Fue uno de los hombres más poderosos de nuestro siglo –me decía con energía-. Y cruel, muy cruel.

Me contaba hechos de su cuñado, de cuando fue Jefe de la Legión, que a mí me parecían terribles.

-Son hechos comprobados -remataba tranquilamente-. Pensar que el Régimen iba a sobrevivir a Franco era una quimera que sólo podían creer los que vivían en aquél mundo irreal que crearon.

Cuando Franco prescindió de Serrano Suñer como Ministro, éste le dijo:

-La lealtad específica de un Ministro no es la *incondicionalidad* sino la *lealtad crítica*.

La amistad profunda y leal con José Antonio enraíza en los primeros años de estudios de Leyes, en que ambos coinciden en la Universidad Central de Madrid.

-Su trato frecuente e íntimo, en los años de la juventud, y en otros decisivos, es uno de los bienes más ciertos que el destino ha querido concederme. Juntos hicimos después vida profesional y parlamentaria. Un día, nuestro inolvidable y gran maestro, don Felipe Clemente de Diego, me preguntó sobre un tema de *obligaciones civiles*, que desarrollé con amplitud. Al salir de clase, José Antonio se me acercó y me dijo: “Oye, todo eso que has dicho no está en los apuntes. ¿Querías decirme por dónde lo has preparado?”. Le entregué una monografía que había utilizado y le hablé de otros libros que había consultado en la Biblioteca del Ateneo, a la que inmediatamente se incorporó. A los pocos meses destacaba entre los primeros y mejores.

En la *Semblanza de José Antonio, joven*, conferencia pronunciada por Serrano Suñer en el Círculo Medina, en noviembre de 1958, destacaba que las cualidades fundamentales que había percibido en quien más tarde habría de fundar la Falange eran *su espíritu de orden y su meticulosidad*.

-Sus *notas de clase* eran un prodigio de cuidado y claridad. Tenía una caligrafía perfecta. Detestaba a las personas *solemnes y poco preparadas*, a quienes calificaba de *aproximativos*. Era orgulloso e irónico. Como después de Azorín no puede escribirse

como se escribía antes, tampoco después de José Antonio se pueden emplear en el lenguaje político las formas anteriores.

José Antonio había dejado escrito “que su vocación estaba entre sus libros y que apartase de ellos para lanzarse al vértigo punzante de la política le costaba verdadero dolor”. Azorín definió su figura –en carta a Serrano Suñer, de 15 de noviembre de 1958- como *curiosidad intelectual y gusto por la acción*.

-Juntos coincidimos en los años universitarios; colaboramos en la defensa de las *Asociaciones Profesionales de Estudiantes*; trabajamos en asuntos de nuestra profesión. Cuando José Antonio iba a Zaragoza, se hacía dirigir la correspondencia íntima a mi casa, en donde se alojaba. Cuando venía yo a Madrid, íbamos a comer, a pasear, al teatro. Fue testigo de mi boda y me nombró albacea en su testamento. Conservo una nota manuscrita suya en la que proyecta una *lista de Gobierno posible* en la que yo figuraba como Ministro de Justicia. Curiosamente, en la misma aparece Franco designado para la Defensa Nacional. Unamuno había dicho de él que “era el joven más interesante del Movimiento; un cerebro privilegiado, tal vez el más prometedor de Europa”.

El librito *Semblanza de José Antonio, joven* –Barcelona, diciembre de 1958-, me lo dedicó don Ramón –en 1992-: “A mi compañero Santiago Riopérez y Milá, este recuerdo de la interesante juventud de un gran español, esperanza fundada de la Patria”.

En *Política de España, 1936-1975*, Serrano Suñer aclara: “Franco, esencialmente, no fue falangista; sólo las circunstancias le llevaron a ser su Jefe. Detestaba la Falange y tuvo que vencer la resistencia de grupos rebeldes y a la sublevación de Hedilla que, con otros tres más, fue condenado a muerte. Tema éste que preferiría no tratar en este país tan banderizo, lleno de pasiones y confusiones”. En su dedicatoria –de 17 de enero de 1996- me dice: “A Santiago Riopérez y Milá, respetable y competente Abogado, e ilustre escritor que es hoy además el más fiel y riguroso conocedor y expositor de la obra magistral de nuestro insigne maestro Azorín, con cariño y afectuosa consideración”.

Pienso que la profunda afinidad que yo he tenido con Serrano Suñer ha surgido de su amistad con Azorín, de su defensa constante de Azorín, sobre todo, en años difíciles –cuando regresa el escritor desde el exilio de París, en agosto de 1939-; de su presencia cariñosa, amable, en los actos más importantes de la andadura del estilista de Monóvar, actos a los que, en ocasiones, he concurrido para mi honra y orgullo. Junto a la figura extraordinaria de Azorín, como una sombra bienhechora, siempre estaba Serrano Suñer, entrañable, solícito, eficaz.

-Debidamente autorizado volvió Azorín a España, terminada la guerra. Pero la Jefatura de Prensa había dado órdenes para que se impidiera que escribiera en los periódicos, *porque era un transfuga*. Yo intervine para que se levantara ese veto inaceptable y ridículo. Azorín, Menéndez Pidal, Ortega, Marañón eran hombres que retornaban para prestigiar ante el mundo la vida intelectual española.

En 1950, Marañón advirtió a Serrano Suñer de la precaria situación económica que padecía Azorín, y por su intervención, se crea y funda el Premio Nacional de Cultura, dotado entonces con medio millón de pesetas, que fue adjudicado a su dilecto escritor. Posteriormente se ocupó de que la importantísima biblioteca de Azorín –muerto en

1967-, con cerca de quince mil volúmenes –leídos y anotados de su puño y letra-, no se desperdigara o pasase a terceras personas. Para ello se entrevistó con el Presidente del Gobierno, Arias Navarro, en 1974, instalándose definitivamente en la Casa-Museo de Monóvar (Alicante).

En 1995, Azorín dedicó a Serrano Suñer –“con viva gratitud”- su libro *El Pasado* – antiguos artículos sobre nuestros escritores clásicos-. Y le prologó un libro de divagaciones literarias: *Ensayos al viento*.

Serrano Suñer me enseñó una carta de Azorín –de 15 de enero de 1965- junto con el ejemplar que e regalaba del *Oráculo manual y Arte de prudencia* de Baltasar Gracián, preciosa y valiosa edición de Ámsterdam, 1659. En a carta le dice: “Toda mi política y toda mi civilidad se contienen hoy en el *Oráculo manual*: su lección política está por encima de toda forma de Estado”.

-Fue una prueba conmovedora del alto significado que par a Azorín tenía la verdadera amistad. Azorín enseñó a los españoles a entenderse a través de un idioma de palabras claras, que evitan las malas interpretaciones y el enfrentamiento dialéctico inútil. La posesión de un lenguaje preciso, por parte del pueblo, es el comienzo de su liberación.

El 8 de junio de 1990 se trasladan los restos mortales de Azorín, enterrados en el Sacramental de San Isidro, de Madrid, a su tierra natal de Monóvar, a la tumba de sus padres. Coincidí en tales actos con Serrano Suñer, quien pronunció un discurso magnífico en los jardines del Casino de dicha ciudad. No quiso estar presente en la exhumación –a la que yo asistí, emocionado-. Don Ramón esperó en la ermita del cementerio la llegada del féretro.

-Han pasado veintitrés años desde su muerte, pero la obra de Azorín sigue vigente y conserva su fuerza vitalizante del idioma castellano. Tengo un recuerdo dulce de alumno a maestro y la gran satisfacción de sentirle todavía presente, como ocurre con todos los grandes hombres. Me entristece pensar que le voy a tener un poco más lejos, en Alicante, y no en Madrid, pero me satisface que se cumpla uno de sus últimos deseos. No creo que su espíritu me abandone y a mí tampoco me queda mucho para reunirme con él.

Azorín me había unido entrañablemente al viejo político.

Una tarde me preguntó:

-Riopérez, ¿cuántos años tiene usted?

-Sesenta y dos, don Ramón

-¿Qué joven es usted! Yo tengo treinta más que usted. Yo no veré nada pero usted verá *desmembrase s España*. Tenga, mis *Memorias*.

Cuando llegué a casa abrí el ejemplar: estaba impaciente por leer la dedicatoria. Ahora la transcribiré –está fechada el 27 de enero de 1993-. Pero debo dejar constancia antes a los lectores de la dedicatoria impresa: “A mis hijos. Y a cuantos, con seriedad y firmeza, se afanan por alcanzar un grado más alto de cultura y de solidaridad entre los españoles; por establecer un sistema de dignidad en la gestión pública en el que no se invoquen la Justicia ni la honradez para luego escarnecerlas; y por crear un ambiente donde la abnegación y la entrega sustituyan, con función crítica, a vacuas o cínicas declamaciones, permitiéndonos así abrir una ventana a la esperanza”.

En la dedicatoria par mí, Serrano Suñer había escrito: “A mi ilustre compañero, Santiago Riopérez y Milá, estas *memorias* de una de las más graves crisis –entre tantas sufridas- de esta Patria nuestra, gloriosa y desventurada, que ahora, por días, se nos va de las manos. Muy afectuosamente, amigo, Ramón Serrano Suñer”.

Tengo muchísimas cartas de don Ramón. Algunas lacónicas, sin fecha –entregadas en mano-:

“Espero sus trabajos sobre Montaigne y Azorín. Por favor, por caridad, llámeme o venga a verme cuanto antes. Su verdadero amigo”.

De 20 de diciembre de 1983:

“He leído su magnífico libro sobre Azorín. El paso y el peso del tiempo son inexorables y mi capacidad de trabajo y de atención están enormemente disminuidas; hoy me cuesta mucho hacer cualquier otra cosa. Si llegara hora mejor, publicaría algo sobre su importantísima obra. Con mi afecto, mi admiración y mi amistad, le envío un fuerte abrazo”.

De 25 de agosto de 1993:

“Mi hijo Fernando, diplomático, revolviendo papeles se encuentra ahora su carta que acabo de leer. Tengo por lo ocurrido gran disgusto. Por eso cuando llegó su carta no pude hacer entrega de mi conferencia sobre José Antonio que he pronunciado en El Escorial. Lo que hago ahora, pues me interesa mucho que usted la conozca”.

Y por último, copiaré la de 31 de mayo de 1994:

“Mi querido amigo: Verá usted que estoy tratando de compensar retrasos y olvidos anteriores. Dos cosas he de especialmente en su carta del 27, llegada esta mañana a mis manos. Una de ellas, el calificativo de *maravilloso* que dedica usted al artículo aparecido en *ABC*, “Forjador de hombres”, el pasado día 25, porque las cosas son así: este artículo era grande por su salud, por la emoción que lo creó, por la necesidad de hacer pensar a otras gentes también con el corazón, y tuve la suerte de ver allí junto al gran forjador de hombres, al Maestro Azorín al que yo quiero tanto, y cuya obra conoce y cuida usted, desde siempre, como nadie. Y no me importa ni me importará ya nunca subrayar valores absolutos, aunque estén en mi órbita personal, preocupándome menos que nada las reflexiones cursis de temor a la vanidad y a la modestia. Todo cuanto es nuevo y verdadero está por encima de las preocupaciones y las mentiras convencionales de la sociedad. Por otra parte, el trabajo suyo sobre “Giner de los Ríos y Azorín”, que tiene la bondad de enviarme, me ha interesado muchísimo y veo por él mi pequeño acierto de recordar la pasión de aquellos *hombres raros* por nuestra Sierra del Guadarrama, de la que tantas veces oí decir que fueron sus descubridores por la rutina y la inercia de esta agobiante capital. Yo sigo enfermo: no duermo, apenas me alimento, tengo tantos años y todo resulta así natural; si remontara sería un placer poderle llamar un día y contar compañía –como tantas veces- y la evocación de esos viejos recuerdos. Le saludo también con la admiración de siempre y le envío hoy un fuerte abrazo”.

En una de las últimas visitas que hice a Serrano Suñer, yo regresé cargado con dos gruesos y pesados volúmenes, acabados de dedicar. Eran sus *Dictámenes y Recursos de Casación Civil*, donde el gran jurista recoge parte de su acendrada labor profesional y une, al conocimiento histórico del Derecho –fundamental para conocer el curso de las

instituciones-, un sentido agudísimo de inmediatez práctica, de *sentido real* del problema suscitado, que no es sino la cima más alta del ejercicio de este bello oficio. En la dedicatoria expresa, en esencia, el alma de nuestra dedicación: “Para mi querido amigo y compañero, Santiago Riopérez y Milá, unidos también en la amistad, afecto y lealtad con nuestro Azorín, gran maestro en el idioma, que también quería fuese usado con el mayor respeto y rigor en los escritos de los abogados, aunque no llegaran a alcanzar el de los grandes escritos de los juristas romanos, que alcanzaron a juicio de Leibnitz la calidad de los escritos de los matemáticos. Muy afectuosamente”.

Venció moralmente a grandes personajes de la Historia; no pudo con la enfermedad torturadora de su mujer. Antes de su muerte –en 1993- nuestra conversación giraba siempre al comienzo en torno al estado de su salud. Padecía *la enfermedad de Alzheimer*, que tiene una acusada patología progresiva: hay una paulatina pérdida de la memoria, un deterioro del sentido del oído –que incomunica irreversiblemente al paciente con su ámbito-; la noción del tiempo y del espacio se difumina y entenebrece. Nuestros diálogos eran interrumpidos porque don Ramón, con frecuencia, con angustia, se levantaba del asiento para verla en su habitación, de la que no salía.

ABC –en su nota necrológica de 23 de febrero de 1993- decía: “La noche del pasado domingo falleció, en su domicilio de Madrid, Zita Polo Martínez-Valdés, esposa de Ramón Serrano Suñer y hermana de Carmen Polo de Franco. Tenía ochenta y cinco años de edad. Dama de extraordinaria belleza, elegante, refinada y culta, dio ejemplo de exquisita discreción durante toda su vida, muy especialmente durante los años en que su marido ocupó una posición política de notable relevancia”.

A partir de esa fecha dolorosa, Serrano Suñer no era ya el mismo. En las salas espaciales de su casa se percibía la ausencia de la esposa querida: le faltaba a don Ramón la posibilidad de verla en el lecho de su enfermedad incurable. Desgranando sus recuerdos, sus evocaciones, conversando sobre Literatura –Luis Vives, Azorín-, o en torno a la actualidad –que tanto le preocupaba-, de pronto surgía el tema de su depresión, de su desamparo: la añoranza de tantos años en que habían vivido unidos y felices.

Si repaso ahora las fotografías de su vida –que él me proporcionó de sus propios archivos-, al contrastar aquellas de juventud y de pujanza, junto a los grandes personajes de su época, con éstas próximas, ya derrotado en el fluir de la existencia, una honda corriente de tristeza y de melancolía inunda el fondo de mi corazón.

Serrano Suñer ha sido una de las mentes más lucidas, destacadas y decisivas de nuestro tiempo. Yo he tenido siempre hacia él una admiración de doble vínculo, jurídico y literario, porque Derecho y Literatura se aunaban en su persona de forma única y singular. En la portada de su obra *Dictámenes y Recursos de Casación Civil* –la última obra que me entregó- dejó escrita, al borde de la muerte, una dedicatoria a mí en la que confluían ambos menesteres o artes.

Murió, en Madrid, el 1 de septiembre de 2003. Descanse en paz. Con mi oración y mis flores sobre su tumba.